

La noche del «Inn»

Cuento

El taxi nos había dejado en la jardinera central de la avenida Tomás Barrón. Frente a nosotros una calle lateral se perdía bajo tenues luces hacia el este. A media cuadra un oscuro boliche al que se me ocurrió nombrarlo pomposamente como el "Northern Inn", porque estaba en el extremo norte de la ciudad, nos aguardaba. No sé por qué estábamos allí a las nueve de la noche. Gróver, Ruiz y yo. ¿Qué? porque a los tres se nos ocurrió probarnos algo? Caminamos a la calle de tierra escuchando una morenada que salía del ahora afamado local. La puerta de ingreso era la de un garaje y en medio de la noche tranquila, ingresamos al patio rodeado de habitaciones. Al fondo se veían puertas cerradas pintadas de plomo de varias habitaciones. Recorrimos los cuartuchos hasta dar con una mesa vacía. En cuestión de segundos nos ambientamos entre el Juego de cacheo y nuestro desafío de quién secaba el vaso de una sola vez. Gróver era orureño como yo. Nos encontrábamos en la ciudad por un par de días, él después de una década. Yo había dejado la ciudad de nño junto a mis padres, cuando la revolución del 52 le escamoteaba recursos a la minería orureña, hasta dejarla en la ruina. Al tercer gobierno del MNR ya Oruro había sido convertido en un "enclave extraterritorial" como se denunciaba entonces. Estas reflexiones me llegaban con la velocidad de un rayo, así que no las discutí. Además tanto a Gróver como a Ruiz nada de política les interesaba. El Juego continuó entre morenadas y cumbias, pero finalmente decidimos conversar. Excepto Gróver, Ruiz y yo éramos desconocidos, aunque él también lo era viéndolo bien.

En medio de la bulla, en medio de nuestra charla, descubrí a un hombrecito que nos observaba sonriendo, ironicamente, manteniendo los ojos redondos y burlones. Era delgado, de tez morena pálida y rostro de pómulos con aristas. Pensé que podría tratarse de un ex-minero. Sin darme cuenta, el hombrecito se acercó hacia mí y me estampó un beso en la cara lateral izquierda y volvió a su silla orondo. Mis compañeros se rieron y yo también, no me quedaba otra, soportando los comentarios que decían sobre el incidente. Deduje que aquel hombrecito podría ser alguno de los compañeros de escuela por las que pasé o tratarse de un ex-prominente dirigente de las minas. Miré al hombrecito que seguía con esa mueca de sonrisa y sus ojos saltoneantes. En las demás mesas se libaba licor; una mezcla de alcohol y té. Alguien echó un chorrito del aguardiente al piso de ladrillo, mientras su acompañante protestaba golpeando la pared, lacre llena de perforaciones debido a los clavos. Allí podrían estar algunos de los miles de mineros que Paz Estenssoro había echado a la calle de un plumazo en 1985 inaugurando el regreso del liberalismo, y porque el estadio había dejado de tener colonización internacional.

Mi reloj marcaba las once de la noche. Ruiz se animó, era cochabambino, y era el que más se quejaba por el ambiente. Se animó al ver a tres chicas emperifolladas oliendo a perfume barato que parecía salir de aquellas medias "panty", de la falda corta, o del sacón de tela sintética que llevaba una de ellas con una solapa de piel falsa color marrón. Las tres se acomodaron al lado de cada uno de nosotros después de solicitar alguna silla sobrante de las mesas contiguas. Ruiz batalló las manos estruendosamente convocando al mozo, luego, palmeando la rodilla, hizo que la negra se sentara en ella mientras el mesero dejaba solicito, media docena de botellas. Con las chicas en nuestra mesa, nos sentímos afortunados dadas las circunstancias. Las muchachas tenían entre 16 a 20 años. La chica de Ruiz, de tez blanca, algo rellenita, de una boca sensual apetecible, era la que enseñaba los senos grandes por el escote profundo que cubría el abrigo de paño negro.

Gróver conversaba animoso con su ocasional compañera, tal vez la más bonita, de cuerpo esbelto, era la que llevaba el sacón y un "jean" ajustado y descolorido como el mío. Su rostro, excepto el color de los cabellos, tenía mucho de Bárbara Streinsand, mi favorita del cine. Como toda chica bonita se mostraba segura de sí misma. La muchacha morena y la más joven, estaba junto a mí. Los cabellos en cascada, cortados en línea recta por encima de los hombros, cubrían su rostro oval de ojos pequeños y alargados. La atrajeron para besar aquella cabeza de niña y mientras sentía la suavidad de sus cabellos olor a limón, aquél hombrecito depositaba en sus manos una vieja y maciza tarjeta, sorprendiéndonos. Ella tomó el instrumento de madera marrón ahuecada de más de 30 centímetros de largo. Casi cilíndrica en la parte central y con seis ojos, como una flauta. Sobre ellos comenzaron a saltar sus

dedos delgados, cuyas uñas brillaban por alguna pintura escarlata, mientras soplaban por uno de sus extremos. El ambiente se llenó de aquel sonido grave y agudo estremecedónicos. Los dedos se levantaban y se posaban en los ojos a cada golpe de soplido emitiendo sones del que nadie pudo sustraerse. En ese momento más que por las chicas, por los tanidos de la tarta nuestra mesa se había convertido en el centro de atención y no era para menos, allí estaba el sonido de aquel maravilloso instrumento que muchos habíamos olvidado o no teníamos conocimiento exacto. Todos nos emocionamos con un secreto sentimiento de alegría y dolor a la vez, atrapados por una misteriosa nostalgia. La chica de Ruiz no dejaba de enjugar las lágrimas. En un intervalo, se nos antojó tener la maciza tarjeta en las manos y ensayar con ella. Una a una lo tuvimos y acariciamos, y uno a uno fracasamos en nuestro intento. Pese a nuestra insistencia no logramos emitir un acorde. Aquello que habíamos visto fácil de hacer no lo era en lo más mínimo. Ante nuestro fracaso, nos quedamos con las ganas y no tuvimos otra cosa que comprometernos, solemnemente, a descubrir y aprender sus secretos. Ella volvió a tomar la tarjeta con delicadeza y el índice y el medio de ambas manos se deslizaron abriéndose y retrayéndose. Cerró los ojos como si se concentrara en su propia ensoramiento, y en cada soplido, nacieron los sones de una clásica tarquedad orureña que hablaba del amor a una negrita orureña. En su rostro bonito se advirtió, sin embargo, el dolor, mientras el imaginario y gran escenario de aquella artista anónima, explotaba de júbilo. Todo el mundo aplaudió. Ruiz poniéndose de pie con los brazos en alto, gritó un viva a Cochabamba (no sé por qué lo hizo) que también aplaudimos.

El tiempo había transcurrido. Las chicas estaban en la enésima ronda de sus "primaveras", una bebida súper suave hecha en base a una gaseosa clara, un poco de singani barato, adornada de una rodajita de limón, que en cierto modo le daba categoría. Gróver fue el primero en desaparecer con su chica, le siguió Ruiz. Cuando convenimos ella se puso de pie. Llevaba una falda corta azul oscura con voladizos. Sobre la chompa blanca de cuello alto destacaba la chaqueta negra. El tirón del bolso le caía desde el hombro. Ella lo suspendió en el lado izquierdo afirmándolo, juntando las zapatillas planas de charol negro que se confundían con las medias de seda. Sin saber por qué, me convenció aquella figura de niña tremenda desolada y sólo obedeció a un impulso cuando ella comenzó a caminar. Pasamos el patio de piso de cemento áspero y con sombrillas, muchas de ellas replegadas. En algunas mesas se discutía con cierta vehemencia. En el trayecto hacia aquellas puertas del fondo, creí reconocer a una vieja profesora de literatura que dejaba el local zigzagueando conducida por dos hombres.

Ella se apoyó en una de las puertas pintadas de plomo y ésta se abrió. Ingresamos. Tal como lo imaginaba, la habitación era reducida; dos metros de ancho por tres de largo. Al catre angosto apoyado al ángulo de la pared, se añadía el velador de madera. La luz tenue venía del foco que pendía del centro del techo de calamaría. Ella puso el bolso sobre el velador y comenzó a desnudarse. En ese instante se escuchó una trifulca en el patio. Viéndome expectante, ella dijo que no me preocupara, que esas peleas se daban todas las noches. Me acerqué para verla a los ojos. A la luz tenue, en su carita, los cabellos hacían sombras mostrándose otra vez la imagen triste y ausente de una niña. La atraje sintiendo sus senos duros, su culto de maniquí. La acaricité, la besé suavemente y la dejé. En el patio dos grupos seguían amenazándose. Me escabullí con las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero negro. Gróver y Ruiz habían desaparecido. Nuestra mesa estaba limpia. Sin proponérmelo miré hacia las puertas pintadas de plomo y salí a la calle. A media cuadra se veía la avenida como una franja blanca sin tráfico vehicular. Caminé mientras escuchaba amenazas y vociferaciones en el local. Recordé cómo ella nos había deleitado con la tarjeta. En esa circunstancia alguien había deslizado un comentario sobre aquella muchacha. Se trataba de una esforzada estudiante de un liceo de la ciudad, que había caído en desgracia, ante la repentina muerte de sus padres aplastados por un derumbe, cuando extraían estano clandestinamente. El mineral era vendido a comercializadores que ganaban precios irrisorios que no compensaban ni el trabajo ni el riesgo que corrían. Desde ese día, ella se quedó al cuidado de seis hermanos menores. Ahora comprendía por qué aquella historia dicha subvertidamente. Le daba

un ala de misterio. Giré la cabeza para ver por última vez el ingreso al "Inn". La melodía de una morenada me hacía pensar que así era Oruro en la planicie infinita que en ese momento se veía como un muro negro impenetrable y del que salían esporádicamente aullidos de perros lobos mirando al oeste. Sentí un vago presentimiento.

Mis compañeros no podían haber desaparecido así por así y lo extraño era que nadie sabía de ellos. Al llegar a la avenida me sorprendió Ruiz. Estaba de pie bamboleando el cuerpo con las manos en los bolsillos del pantalón. Corré hacia él preguntando por Gróver. Él apenas me vio con una expresión estúpida en su rostro: estaba "verga". La avenida iluminada se perdía hacia la ciudad. En aquel cielo reluit de negro una quietud nos invadía y no se sentía frío o no lo sentíamos nosotros. Me detuve luego de intentar que Ruiz caminara. Gróver no daba señales de vida. Algunas flotas llegaban de La Paz por el carril opuesto. Ruiz hacía señas para que se detuvieran. - Tenemos que regresar por Gróver, están peleando - dije. - A tu Northern ¿qué? - balbuceó. - "Inn" - le dije -, quería despertarlo. - "Inn"? ¿Qué es ese "Inn"? - dijo él. Posada o taberna - le dije. - Posada! - se preguntó con una mueca que hacía que sus labios se dilataran a un costado ridículamente, en una risita idiota. ¿taberna?, bien que es una taberna ese "inn" - dijo -, con voz aguardentosa y se calló con la barbillas sobre el pecho y las manos en los bolsillos del pantalón, bufando. Quise preguntarle si escuchaba la música que nos llegaba del local y las vociferaciones: era inútil. Le tomé del brazo y se esquivó. Creo que intentó correr, porque dio unos pasos balanceándose y cayó como un fardo, de espaldas, de una manera grotesca. Era un hombre alto, grueso, imposible levantarla y estaba en media calzada acechando como un bruto con esa cara roja y brillosa. No tuve otra alternativa que girar el cuerpo por los tobillos huesos y sacarlo en parte de aquel espacio. Miré a la calle del local, media cuadra nos separaba. Ruiz parecía buscar el calor del asfalto y se acercó como un niño en una actitud de abandono total, casi feliz. - Eso tienen por hablar en contra del "chity" cabrón que nos jodió a todos - dije, desde el fondo de la calzada.

Me preocupaba Gróver. Era casi la una de la madrugada. Él no era camorero, pero quién sabe. Me paré en el cordón de la vereda viendo a Ruiz, cuidando que ningún conductor se apeó sobre nosotros. Un coche de la policía apareció a lo lejos silbando su sirena. Me estremecí. Sus faroles encendidos se acercaron encandilándonos. Al aproximarse, disminuyó la velocidad e intentó detenerse, pero siguió de largo y vi que giraba hacia la calle de ingreso al "Inn". No sabía si ir allá dejando a Ruiz, exponiéndolo, o quedarme. Opté por lo último. Después de todo al regreso llamaría a los policías, no había remedio, y quizás Gróver estaría con ellos si se había involucrado en algún lío. Al ver pasar a un vehículo a considerable velocidad, le pedí a Ruiz que me ayudara a incorporarlo, corriimos el riesgo de ser arrollados por algún conductor imprudente. Hacia esto e inesperadamente divisé a Gróver y su chica avanzando desde el otro lado de la avenida. Nunca Gróver me pareció tan cuate como en ese momento. Mientras llegaba una ambulancia que siguió la ruta del local, adverí el rostro ensombrecido de la falsa Bárbara Streinsand y del propio Gróver. Él nos aclaró todo.

Habían salido hacia el frente de la avenida por precaución. - Nos fuimos hasta allí - dije lostiendo-, señalando la otra vereda. Estaba en su juicio, pero no podía esconder su angustia. Su voz temblorosa, entrecortada, como si le costara hablar, se escuchó: A la negrita con la que estabas la mataron... accidentalmente -dijo. Sus palabras me llegaron como un mazo en la cabeza. - A la negrita? repetí mentalmente. Intenté murmurar algo. Mi voz estaba muerta también y no sabía siquiera su nombre. Ruiz se puso de pie de un golpe. De alguna parte me llegó el sonido triste de una vieja y maciza tarta, de alguna parte que no sabría precisar, mientras la imaginaba viendo en medio de la oscura madrugada. Nadie escucharía mi aullido de dolor.

Mamerto Solanas. La Paz

